

Cuando se reluce, en nuestros días, *La Libertad de Opinión* (1), sorprende que una obra de esta vena consueve, medio siglo después de publicada, su eficacia. La Historia ha rodeado, posiblemente, la importancia objetiva del hecho mismo incidente que la motivó, pero, al mismo tiempo, este incidente ha quedado "fijado" en los términos en que lo arguye don Carlos Vicuña Fuentes en esta obra de defensa y de acusación.

El lector medio actual desconoce, en principio, la fortuna pública, o íntima, de muchos de los "personajes" que, por cálculo político o por indignación moral e intelectual, provocaron la destitución de don Carlos Vicuña Fuentes de las funciones docentes que desempeñaba, a raíz de una expedición que hizo en la Federación de Estudiantes de Chile. Por efectos de la lectura de *La Libertad de Opinión*, logran ahora instalarse, momentáneamente, en el presente, escenas del capítulo de los años de familia o de los amargados años parlamentarios.

No exagero gran cosa.

Cuando se recuerda que un diputado por Colchagua, respondiendo a Santiago Labarca, autor, brutal e insolentemente, que Vicuña Fuentes era una persona que manifestaba síntomas de degeneración mental, resulta difícil preguntarse hasta dónde ha llegado el poder de la inbecilidad en la historia del discurso parlamentario en Chile, máxime cuando ese diputado era, según el autor de *La Libertad de Opinión*, un hombre entendido y sagaz. La inbecilidad, sin embargo, no es, por ahora, un mal privativo de algunos, sino, más bien, un poder pueril por muchos. Es por eso que, desde Flaubert hasta Ortega, se ha venido insistiendo en el papel que está jugando dentro de la economía intelectual de los pueblos.

DE LA VERDAD

"Intelligence" como un escrito moldeado por una de las experiencias más violentas y totales entre todas las experiencias basadas por el hombre. Píelo de guerra en perpetua combato. Hillary volvió en un libro tanto la anécdota como la resonancia de las infinitas significaciones que irradiaba una vida sometida a la prueba de inclinarse durante dos años sobre el rostro de la muerte. Hay hombres que han tenido una sola, grande y definitiva experiencia en su vida, constituyéndose en la materia de un libro que comenzó a ser escrito. Desde entonces estos hombres se consideraron a sí mismos escritores, "literatura", y siguieron escribiendo y engrandeciendo obras mediocres y vacías, libros escritos sin

La Ventana de Papel

LA OBRA DE CARLOS VICUÑA FUENTES

por MARTÍN CERDA

No es esto, sin embargo, lo que ahora nos ocupa.

Se trata, más modestamente, de intentar aclarar en qué sentido es actualmente eficaz esta obra escrita por don Carlos Vicuña Fuentes a raíz de toda esa logomaneja denotada, en 1921, por su intervención en la Federación de Estudiantes de Chile. Esta eficacia no puede ser, desde luego, la misma que tuvo en la situación que la motivó, aun cuando, en último término, resulte imposible separarlas. Los lectores contemporáneos de *La Libertad de Opinión* repararon, posiblemente, en la eficacia de su escritura desde el conflicto que ésta denunciaba. Los lectores de nuestros días, en cambio, reparan en este conflicto desde la escritura en que lo engloba el autor.

Se trata de un desplazamiento, por supuesto, pero, permite establecer que la eficacia actual de *La Libertad de Opinión* no es, primordialmente, de índole moral, política o ideológica, sino, más bien, literaria. Porque, en suma, establece que esta obra, escrita para servir de soporte discursivo a un acto, en rigor, metaliterario, ha terminado, a su vez, sirviéndose de su inicial inspiración, patentizando, de este modo, su condición de Literatura.

Esto exige alguna precisión. Cuando se habla, en nuestros

días, del "valor literario" de una obra, entendida no literaria —vgr. la Historia de Chile de Francisco A. Encina— se está, en verdad, desconociendo un hecho palmario: sólo puede tener efectivo "valor literario" una obra que ha sido ejecutada literariamente. Es decir, una obra en la que su autor, intentando o no servir moral, política o ideológicamente, se ha sometido a eso que Roland Barthes denomina *l'écriture de formes*. En esta fidelidad —esta responsabilidad según Barthes— hacia las formas la que determina que un escrito sea o no literario.

Esta fidelidad es patente en toda la obra de don Carlos Vicuña Fuentes.

El hecho que no se haya suficientemente reparado en ello explica que, hasta la fecha, la obra de don Carlos Vicuña Fuentes no haya sido reconocida debidamente por los historiadores y por los críticos de la literatura nacional. Si bien es cierto que él se la incluyó en sus *Memorias literarias*, no es menos cierto que esta inclusión viene acompañada de tales reticencias que pareciera que ésta obedeció más al propósito de salvar un obstáculo de conciencia del ilustre crítico, que al deseo de abrir una perspectiva crítica sobre el autor incluido. Por su parte, Raúl Silva Castro, luego de citarlo, por *Pasión y muerte de Rodrigo de Alvarado*, entre los cultores de la novela, le señala entre los memorialistas con la advertencia de que no es un escritor profesional, mas cuando dispone de datos naturales sobre Fuentes para serlo (1).

No vamos, por ahora, a discutir este hecho.

Conviene, sin embargo, completar su rubro con el hecho que, durante cuarenta años, don Carlos Vicuña Fuentes se haya propuesto escribir para los aristócratas, renunciando, expresamente, al clamor multitudinario con que, habitualmente, mueva el escritor de nuestros días. Este propósito ha tenido, posiblemente, alguna influencia en el desarrollo crítico y en la destitución de los lectores que han circunscrito a su obra.

Prologando, hace un año, el breve e incluyente apéndice que dedicó a la discusión de la cosa agraria, sostiene don Carlos Vicuña Fuentes que, publican-

do ese texto, no buscaba lectores sumerosos, sino que, al contrario, le bastaba con que éstos fueran unos pocos. Tan pocos que, perfectamente, podrían ser contados dentro de una cuarentena parte de la actual población nacional.

Esta "economía" de lectores respondía, sin embargo, a una retunda razón del autor.

Populistas son aquellas —decía— que realmente quieren saber la verdad y sus capaces de entenderla: por eso, populistas y fuertes, he escrito estas páginas (2).

No es poco decir.

Desde hace algunas décadas —donde, por lo menos, si Aragón propone, en 1933, su célebre encuesta de *Continuación*— cada escritor ha intentado, en un momento u otro de su "carriera", saber para qué escribe. Estos intentos constituyen, posiblemente, uno de los motivos de la mala conciencia de la literatura del siglo XX, pero, al mismo tiempo, son una de sus señales más manifestadas.

Pero don Carlos Vicuña Fuentes no sólo renuncia a buscar lectores numerosos, reduciendo, de este modo, el posible radio social de su obra, sino, no disimula, su voluntad sobre la posibilidad de ser leído por algunos lectores "indeseables" cuyo registro abre, bolicamente, en el prólogo de *La Cosa Agraria*.

Hacer bien es no leerlos (las páginas de este libro) los primarios defensores: críticos literarios, periodistas, diputados, novelistas, profesionales y científicos, y también los ciegos, los mopes, los políticos, los frailes y los jueces (3).

Esta actitud minoritaria reconoce toda la obra de don Carlos Vicuña Fuentes, pero ella no traduce, en ningún momento, un secreto terramarfilismo, sino, más bien, una búsqueda de aquellas almas afines de que solía hablar Ortega. Hemos dicho que don Carlos Vicuña Fuentes se ha propuesto escribir para los aristócratas. Este propósito, justamente, desemboca en su último apéndice, en el que, buscando contra la corriente de los ideólogos más usuales, se enfrenta a la realidad actual del país con la misma decisión e incisión con que lo hizo, en el pasado, en *La Libertad de Opinión* y en *La Tiranía en Chile* (4).

—Este Vicuña es inevitable no da base para un arreglo de ninguna especie! —exclamaba, hace medio siglo, un "personaje" de la época.

¿Cuántas veces se habrá repetido, en el secreto de las reuniones del Poder, esta misma frase?

Cuando los historiadores se deciden, de una vez por todas, a trazar el efectivo perfil de la sociedad chilena durante el último medio siglo, se encontrarán, de pronto, con la sorpresa que, en los momentos más críticos de la vida nacional, fue don Carlos Vicuña Fuentes uno de los pocos escritores que, renunciando al confort del silencio, se subió siempre al escenario al plató de la vida. En este sentido, una larga polémica con todos los alopagos: una lección magistral dictada en un pulido de libros escritos sin reticencias ni estridencias.

Hemos dicho que ni los historiadores ni los críticos de la literatura nacional han reconocido debidamente, hasta la fecha, la realidad literaria de las obras de don Carlos Vicuña Fuentes. Esto no debe, sin embargo, extrañar a nadie. La realidad literaria de una obra no puede ser establecida por los manuales e historias de la literatura. La realidad literaria no está nunca dada, sin más, ni por esas obras, ni tampoco por los hechos literarios que en ellas se abarcan, sino, más bien, debe ser siempre descubierta a partir de esos hechos.

Es por esta interna movilidad de la literatura —por este proceso dialéctico— que ahora, después de un largo quiescente dentro de ella, la obra de don Carlos Vicuña Fuentes descubre, más allá de aquellos fines a propósito que la legitimaban moral, política e ideológicamente, su radical legitimidad literaria. Es por esta razón que ahora comprendemos que, sin dejar de ser metaliteraria, nunca dejó de ser Literatura: fidelidad, abstracción o responsabilidad hacia la forma.

(1) Carlos Vicuña, *La Libertad de Opinión y el problema de Tarma y Arica*, Imprenta, Litografía y Encuadernación La Señal, Santiago, 1915.

(2) Cfr. Raúl Silva Castro, *Presentación*, *Literatura de Chile*, p. 106. Una muestra palpable de esta desconfianza en el hecho que es la luz de la literatura, ahora dedicada a la literatura chilena —"Historia de la literatura chilena" de Vicente Huidobro y "Literatura Chilena del siglo XX" de Fernando Alegría— se ofrece el nombre de don Carlos Vicuña.

(3) Carlos Vicuña Fuentes, *La Cosa Agraria*, Imprenta Real Cande, Santiago, 1918, p. 6.

(4) Ibid.

(5) Cfr. Carlos Vicuña Fuentes, *Arbitrio*, Imprenta Real Cande, Santiago, 1927.

724398

En el túnel de las tinieblas [artículo] Rodrigo Castillo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Volpi, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el túnel de las tinieblas [artículo] Rodrigo Castillo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile